

MARÍA ESTHER GÓMEZ DE PEDRO, *Libertad en Ratzinger. Riesgo y tarea* (Encuentro, Madrid 2014), 141 págs.

El texto de la profesora María Esther Gómez de Pedro aborda un tema central en el pensamiento de Joseph Ratzinger: la libertad como riesgo y tarea.

El libro, prologado con elogios por el profesor Pedro Morandé Court de la Pontificia Universidad Católica de Chile, consta, además del prólogo, de cinco capítulos, en los cuales María Esther describe con claridad el concepto de *libertad* en el profesor y luego obispo y cardenal Ratzinger, tomando también algunos textos de su pontificado. En ese sentido se puede decir que la claridad en las ideas, tan típica de Joseph Ratzinger, se mantiene intacta en la exposición también diáfana de la autora.

El libro comienza con una *Introducción*, a modo de capítulo 1, en la cual se plantea la relación de la libertad con la esencia del hombre. De hecho, no se puede comprender lo que es *libertad* sin comprender lo que es el ser humano. De allí que María Esther deduzca dos presupuestos en el pensamiento de Ratzinger. Primero: “Los seres se explican a partir de una naturaleza que les hace ser lo que son, como soporte de su existencia particular concreta, es decir, de una esencia”. Segundo: “nuestra capacidad cognoscitiva puede llegar a conocer, con mayor o menor profundidad y verdad, esa naturaleza hacia la que se orienta” (pág. 13). En otras pala-

bras, existe una naturaleza humana y se puede conocer esa naturaleza. Solo bajo esos supuestos, se puede hablar de libertad en el sentido más hondo, porque libertad implicará, necesariamente, una relación hacia esa misma naturaleza. En realidad, todo el esfuerzo de Ratzinger, y en consecuencia, de María Esther en esta obra, es mostrar esa relación intrínseca entre libertad, como característica fundamental del ser humano y de Dios, y la esencia humana, como imagen de Dios. Dicho en breve, la relación entre libertad y verdad. En el entendido que verdad es realidad. Estamos en los trascendentales del ser.

Si hemos mencionado la palabra *verdad*, eso nos recuerda, de inmediato, el lema episcopal del Cardenal Ratzinger: “Colaborador de la verdad”. Entonces, si estamos hablando de la verdad en relación con la libertad, estamos en el núcleo de su pensamiento.

En el segundo capítulo, todavía breve e introductorio, la autora explica el método seguido en su investigación, que consiste en “desentrañar la concepción de libertad a la luz de la antropología de Ratzinger, lo cual ofrece una visión de conjunto necesaria para distinguir la variedad de sus acepciones de libertad”. Y allí adelanta una primera definición de libertad “como logro o consecuencia del fin del propio ser, en tanto que

aceptado, querido y buscado con hechos concretos” (pág. 29). La libertad “remite a una esencia y a una verdad del hombre, a lo que es” (pág. 31). Eso es además casi un resumen del libro mismo.

Los capítulos tres y cuatro son los más extensos y en donde, propiamente, desarrolla sus ideas. Si dijimos que para Ratzinger libertad es consecuencia de la esencia del hombre, los dos capítulos centrales serán, entonces, el desarrollo de estos dos aspectos: qué es el hombre (en relación a su libertad), y qué es la libertad (desde esa antropología).

Así el capítulo tercero se titula: “Antropología: un camino hacia la libertad”. Podríamos resumir este capítulo en cinco afirmaciones centrales sobre la persona humana, que nos permitirán comprender la noción de libertad y luego desarrollarla adecuadamente en el siguiente capítulo.

1. El ser humano, como ser vivo, se desarrolla paulatinamente, pero como, además, es espiritual, lo hace desde sí mismo, es decir, colabora con sus elecciones en su propio desarrollo. En un lenguaje más bíblico, diríamos que actúa *desde* su corazón.

2. Este ser humano se encuentra en un mundo que está dado ya antes de él, y depende de otros anteriores a él. De modo que al tomar conciencia de sí mismo, se encuentra frente a un dilema fundamental: qué es primero ¿yo o la realidad? Esto se llama la prioridad ontológica de la realidad. Frente a esto “la posición cristiana

fundamental es la de una humildad ontológica, no moral”, es decir, “aceptar el ser como algo recibido” (pág. 46, citando a Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, 159). Esta es la actitud humana básica y el principio de toda moralidad. Si el ser es recibido, me debo al dador de ese ser y mi ser –lo que soy– tiene, antes de mí, una razón y una lógica.

3. Lo anterior implica que el ser humano es relacional, que existimos con otros, que el ser relacional es inherente a la persona humana. Nadie está cerrado en sí mismo. El ser humano se constituye también con y desde los otros y con y desde *el* Otro. Ratzinger, en este punto, tiene un concepto muy moderno de relación. En el mismo instante en que yo descubro que soy persona, que soy alguien, descubro que hay otros que no son yo. Es un mismo acto doble de conciencia. Yo no soy tú. Y a la vez, hago una opción fundamental: me abro a los demás o vivo aisladamente. Y así en cada instante de la vida.

4. Pero aquí se nos abre una paradoja: en la medida en que salgo de mí mismo para encontrarme con el otro, no solo no me pierdo a mí mismo, sino que me encuentro conmigo mismo, me comprendo mejor, me desarrollo y gano mi vida. En la salida hacia el otro –un éxodo lo llama Ratzinger– me encuentro conmigo mismo y soy yo mismo. El olvido de sí es el encuentro consigo mismo, porque es el encuentro con el Fundamento de sí mismo.

5. Y así llegamos a la quinta idea. Si el hombre es esencialmente relacional, y le ha sido dada esa relacionalidad, entonces su Creador también ha de serlo. Es Trinidad de personas, es esencialmente relación. Dios no es un solitario autosubsistente, como pensaban los antiguos. Es esencialmente amor, como nos dice la revelación cristiana. De modo que el hombre, creado a imagen de Dios, se hace verdadero hombre si se hace conforme a Dios. Es decir, si desarrolla su relacionalidad, que es imagen de Dios. Todo esto implicará algo muy bonito: el ser humano se desarrolla en la relación con los demás y con Dios, pero en camino hacia el amor y por el amor, que es lo propio de la relación. Entonces, el hombre es primordialmente futuro. Lo que cada uno de nosotros es, todavía no se realiza en su plenitud, llegará a ser el último día de nuestra vida. Somos esperanza, somos futuro, vivimos de la confianza que Dios mismo ha depositado en nosotros. En este sentido la antropología de Ratzinger es una antropología del todo positiva, porque relacional, porque de esperanza y confianza en el hombre.

En síntesis, esta antropología implica que yo me desarrollo desde mi corazón, en medio de una realidad que es anterior a mí, optando, en todo instante, por una apertura o cerrazón a los demás, en donde en la salida hacia el otro me encuentro conmigo mismo, y me voy desarrollando y realizando en plenitud hasta el último día de la vida, a partir del amor.

Descrita la antropología subyacente, María Esther desarrolla el cuarto capítulo acerca de la “libertad a la luz de la antropología: un absoluto relativo”. Quiero destacar cuatro grandes ideas que pueden servir de resumen de esta parte, ya que hacen de hilo conductor del capítulo.

Comienza describiendo la libertad de elección en cuanto libre albedrío, mostrando que esa capacidad innata del hombre de poder elegir está unida, necesariamente, al conocimiento de lo que se elige y para qué se elige. Es decir, el libre albedrío, o capacidad de elección, es uno de los aspectos de un movimiento que en realidad es doble: yo elijo, pero elijo algo que me hace bien o que es bueno para mí. Es decir la capacidad de elección está unida a la verdad de lo que se elige: elijo algo. No hay elección si no es elección de un bien, al menos para mí, frente a varios bienes posibles. Esto hace que la libertad tenga además una dimensión *moral* intrínseca, porque elijo bienes o males, pero que me parecen bienes. La moralidad es esencial al hombre porque su libertad es esencial, la cual elige bienes. Y la libertad tiene, además, intrínsecamente incluida la *responsabilidad* por las elecciones hechas. Cada persona debe responder frente a sus actos: responde frente a sí mismo, frente a los demás y, finalmente, frente al que le donó la libertad. Pero no recibe un juicio externo, sino interno, desde la cosa misma: se juzga si lo elegido favorece o destruye a la misma persona. El juicio es el desa-

rollo o la destrucción misma de la persona.

Un segundo elemento es la idea de “la libertad como pertenencia al hogar, como ser de casa”. Es el sentido griego del concepto de libertad (ἐλευθερία) que designaba el “estado social de la persona libre, al que se oponía el del esclavo” (pág. 104). ¿Qué significa ser de casa? Libre es el que actúa desde dentro de sí. No por obligaciones externas. La libertad es entonces actuar desde la propia naturaleza. En ese sentido Dios es el auténticamente libre, es la libertad en persona, en cuanto ser y actuar se identifican en Dios. En el ser humano eso es una tarea y también un riesgo. Es un caminar hasta identificarse con la propia esencia.

Desde aquí se deduce la tercera idea, que Ratzinger llama potentemente una “ontología de la libertad”. Se trata de mirar el modelo de libertad de Jesús, el Verbo hecho carne. En Jesús se dan juntas y unidas la libertad divina, por su condición de Hijo, y la libertad humana, que lucha y se deja conducir por el Espíritu. Pero de tal manera que ‘las dos “voluntades” están unidas de tal forma que pueden unirse voluntad y voluntad en un sí conjunto a un valor común’ (pág. 109). Con otras palabras, si bien en el ámbito ontológico persisten dos realidades independientes, existencialmente viene a ser una única voluntad. El Hijo, en su kénosis (Fil 2, 8), se ha hecho obediente hasta el extremo (Jn 13, 1; Jn 6, 38), a partir de lo cual, su voluntad huma-

na ha llegado a *ser una* con su voluntad divina en el sí único a la voluntad del Padre, en la única forma de existencia que es la total dependencia y filiación eterna con respecto al Padre. Es la perfecta comunión entre ser humano y divino. Ese es el modelo de todo ser humano, que ayudado por la gracia de Dios, llega a identificar su voluntad con la de Dios, que es coincidente, además, con su esencia como hombre, con su verdad.

Termina el capítulo, antes de la conclusión final, recordando que la libertad supone una pedagogía. “Cada uno tiene que tomar de continuo sus decisiones y renovar la opción por el bien ante cada alternativa. En ese sentido, cada uno vendría siendo un autoeducador para sí mismo” (pág. 113). La libertad se educa desde la experiencia de la propia libertad.

El libro, al tratar de un tema tan propio de la vida humana, en algún sentido también resume de alguna manera la vida de Joseph Ratzinger, y de paso, confirma la importancia del tema elegido en este libro.

En efecto, si uno mira la teología del profesor Ratzinger, que consta de 135 libros y 1.375 artículos, se puede ver con claridad que se enmarca dentro de su propia vida. Para Ratzinger, teología, en cuanto reflexión de la fe, es por eso mismo, vida de fe hecha reflexión. Si uno lee su libro autobiográfico “Mi vida”, lectura ampliamente recomendable, se da cuenta que es una teología narrativa. El autor narra su vida desde Dios.

Y descubre a Dios presente en todo momento de su vida. Ahora bien, eso es fruto de una convicción fundante de su pensamiento y de su fe: Dios es el fundamento existencial de la realidad. Luego, eso se refleja en los temas fundantes de su pensamiento: la Palabra de Dios, que es el Logos fundante de la realidad; y su propia vida, entendida como colaborador de la verdad, servicio a la Palabra, servicio a la verdad. Dos principios vitales de Ratzinger.

Desde esa perspectiva se pueden entender, luego, dos hechos puntuales de los últimos años de su vida, pero que reflejan, de manera transparente, su pensamiento de fondo, que es expresión de su propia vida. El primero es la prédica que pronunció durante la Misa *Pro eligendo romano pontifice*, al comenzar el Cónclave, que lo terminaría eligiendo precisamente a él como Sumo Pontífice, el 18 de abril de 2005, en donde, contra todo lo “políticamente correcto” en una circunstancia así, afirma que “se está constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y su voluntad”. Esas palabras, que reflejan muy bien lo que en otras numerosas oportunidades había dicho ya, no expresan en absoluto una actitud cerrada al pensamiento moderno, ni incluso tampoco postmoderno. Porque, de hecho, Ratzinger posee una admirable capacidad de encontrar en todo pensamiento una verdad rescatable, una enseñanza para el hoy y

un elemento que puede ser integrado en una síntesis siempre mayor. En realidad, lo que en esta oportunidad solemne quiso decir es que la vida humana posee un fundamento, y es necesario siempre volver a ese fundamento absoluto. No se puede desconocer la realidad como tal. Es que para Ratzinger la realidad es la verdad. Y la realidad es finalmente Dios.

Y el segundo hecho es su admirable e inesperada renuncia a la Sede de Pedro. Al afirmar que ‘después de haber examinado ante Dios reiteradamente su conciencia, había llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tenía fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino... y que debía reconocer su incapacidad para ejercer bien el ministerio que le fue encomendado’ está afirmando, con toda su vida, que el único absoluto es Dios. El Papa no es lo absoluto, tampoco lo es la Iglesia, solo lo es Dios y la misión encomendada a su Iglesia. De modo que la actitud humana básica es siempre el reconocimiento de ese absoluto y el servicio a ese absoluto. Es el servicio a la verdad. Dos hechos entonces completamente relacionados: reconocer el absoluto de Dios y, por lo tanto, de la realidad como verdad; y la actitud de humildad ontológica o de servicio a esa verdad.

De allí que sea tan importante, a la hora de estudiar el concepto de libertad, entenderlo desde su relación con la verdad, con la realidad. Así lo ha hecho María Esther y nos alegramos de poder contar ahora con este

magnífico estudio acerca de la libertad en Ratzinger.

María Esther con esta obra ha mostrado ser una digna miembro del Nuevo Círculo de Discípulos de

Joseph Ratzinger, ha mostrado su competencia filosófica y ha mostrado, además, habilidades en la prosa castellana. Es un libro que se lee con gusto y con fruto.

*Rodrigo Polanco*